

PRESENCIA DE CUYO

1940

Alfredo R. Bufano

PRESENCIA DE CUYO

1940

A Rodolfo Corominas Segura,
Gobernador de Mendoza

En las postrimerías de su gobierno, de indiscutible jerarquía, y en momentos en que el país presencia una profunda transformación política, yo tengo la íntima satisfacción de dedicarle este libro como un limpio y justiciero homenaje a su labor al frente de los destinos de la Provincia, que habrá de recordarlo como a uno de sus gobernantes ejemplares.

Alfredo R. Bufano

ESCENAS Y PAISAJES
A Gilberto Suarez Lago

VERANO

Verdes las viñas, verdes los pinares,
verdes los valles y las vegas lueños,
verdes los cebadales opulentos,
verde el trigal que en claro verde hierve.
Verde el álamo hirsuto, guardia inmóvil,
que en verde soledad sus sueños teje;
verdes las lejanías inefables,
verdes las aguas y los cielos verdes,
y el aire perfumado que respiro,
y la luz tumultuosa que me envuelve.
Verde el viento cerril en cuyas grupas
danzan mis versos luminosamente;
verde mi corazón, verde los pájaros
y el alba, estanque de alargados peces.

Sobre la verde plenitud del mundo
se abre mi gozo como un lirio verde.

CAMPAMENTO

Las carpas, como choiques en descanso,
pintan triángulos blancos en la noche.

Nosotros somos en la sombra inmensa
tímidos y grotescos charabones.

Arriba el cielo acribillado de astros
su cornucopia vuelca sobre el monte.

Los cerros se recortan en la bruma:
Capricornios y saurios gigantescos e inmóviles.

Yérguense como términos fantásticos
de torvos laberintos, los cardones.
Junto al fuego oloroso azul dorado,
la rueda de troperos y peones.

Decoran nuestros rostros alargados
las llamas con su pátina de bronce.

Y en la profunda cripta del silencio,
mi corazón se oye.

RIÑA DE GALLOS

Patio con viejas glicinas

y corpulentos naranjos.

Transparente cielo procer;
dulce domingo cuyano.

En jaulas de caña y mimbre
cantan en corto los gallos.

Alrededor de la pista
nos vamos acomodando.

Cenceños mozos cetrinos
y enjutos viejos barbados.

Finos ponchos de vicuña,
negros sombreros tamaños;

ricos puñales de plata
y amplios pañuelos bordados.

Se cruzan ya las apuestas
entre esdrújulas los bandos.

Las bestias calzan puones
que hieren sólo al mirarlos.

Y el juez, en forma solemne,
hace largar a los gallos.

¡Qué remolinos de plumas!
¡Qué furia, qué navajazos!

¡Qué reciedumbre en el pico!
¡Qué bravura en los asaltos!

¡Qué odio brilla en las pupilas
del fuerte giro y del zaino!

Chorrear sangre los cuellos
y los pechos desgarrados.

Ciegos se buscan y embisten
jadeantes, trémulos, trágicos.

El giro cae en la arena
entre ronquidos y espasmos.

Y el zaino canta su triunfo
con un postrer aletazo.

Yacen los gallos inmóviles,
purpúreos de ardientes coágulos.

El silencio, como un buho,
sobre la pista ha pasado.

En los jaulones de mimbre
cantan en corto los gallos.

Tañeñas rosas yo veo
abrirse en el cielo santo.

LOS PUEBLOS
A Roberto Azzoni

VALLE DE ULLÚN
Valle de Ullún, solemne,
multicolor, profundo, dilatado,
negro de jumes lóbregos
y verde de chañares y alpatacos.

Valle de Ullún, desierto,
soturno en tu orfandad de sombra y pájaros;
valle de Ullún, en donde
piafan los potros de los vientos agrios.

Valle de Ullún, austero
como tu antiguo nombre; y, sin embargo,
yo te he visto también todo dulzura
bajo un hondo crepúsculo morado.

Soñaban tus colinas,
soñaban tus fragosos altozanos;
y tus viejos e hirsutos algarrobos
se derramaban entre verdes blandos.

Y en silencio profundo,
en un silencio como tú de vasto,
tu bravura sombría
quebró sus flechas y escondió su llanto.

NOCHE DE LUNA EN JACHAL

Jáchal: ¡quién iba a decirme
que en alta noche de luna
iba a pasear por tus calles
mi estrafalaria figura!

Los ojos ya no me alcanzan
para mirar tu hermosura,

el cielo que me prodigas,
los cerros que te circundan.

Claro silencio de muerte
de triste gozo me inunda.
¡He perdido mi alma,
Jáchal, y ando esta noche en su busca!

HUACO

Una calle larga,
muda, polvorienta,
dos o tres naranjos,
parras y chumberas.

Talas, algarrobos,
loconte en las cercas,
peje y garabato,
soledad de piedra.

Famélicos galgos,
patizambas viejas,
uno que otro burro
cargado de leña.

Sobre los tapiales,
curiosas, morenas,
se asoman las caras
de las lugareñas.

Corre viento Zonda.
¡Mejor no corriera!
¡Hasta el cielo mismo
se ha vuelto de tierra!

RENCA DE NOCHE

Luna de la madrugada
sobre las calles de Renca.
Hay un silencio de luna
dormida sobre la tierra.

Duermen las calles terrizas,
duermen las casonas viejas,
duerme la plaza cercada
por espectrales moreras.

Bajo la luna puntana,
¡cuán dulcemente se elevan
las torres de la capilla
hecha de luna y de cera!

Duerme la luna menguante,
pero no el Señor de Renca,
que abre sus brazos de luna
en cruz de nardos y estrellas.

ELOGIO DE LAS CASAS POBRES

Gusto yantar en estas casas pobres
donde el pan huele a fortaleza honrada,
donde cada palabra que decimos
lleva en sí misma la bondad del agua.

Gusto soñar bajo estas galerías
con malvones verdeando en las tinajas,
y derramar mis fraternales ojos
por huertos, praderías y montañas.

Gusto estar junto al fuego entre estos hombres
viendo nevar sobre la tierra parda;
comiendo sopaipillas y pasteles
mientras gime una cueca en las guitarras.

Felicidad pequeña y recogida,
felicidad humilde y recatada
del vino que el lagar casero aroma,
del pan dorado que la madre amasa!

Gusto la soledad de estos cuartujos
para hablar con mi sombra y con mi alma,
y amo estos ventanales que me ofrecen
bruñido cielo y cordilleras blancas.

¡Casas de gente pobre de mi tierra,
pródigas de amistad para el que pasa:
alguna vez cobijaréis al Huésped
que eternamente entre nosotros anda!

TAPIALES

Tapiales con quisco
de Huaco y de Jáchal,
que el prieto loconte
de verde engalana.

Tapiales con rosas
y viejas acacias,
donde el lagartijo
de sol se emborracha.

Tapiales derruidos
que ya nada tapian;
ni huertos, ni alcoces,

ni viñas, ni casas.

Por sobre vosotros
yo veo asomadas
unas manos secas
con una guadaña.

NIQUIVIL

Niquivil, puertas de Jáchal,
verde lar, cielo zafir:
por sólo decir tu nombre
me quedaría yo aquí.

¿ Os parece poca dicha
poder, amigos, decir?
¡ Vivo, sueño, canto y rezo
en tierras de Niquivil!

A LA VILLA 25 DE MAYO DE SAN RAFAEL

Para ti esos versos,
Villa Veinticinco,
que en silencio duermes
al lado del río.

Cien veces mis ojos
felices te han visto,
aldea del sueño,
pueblo del olvido.

Calles polvorientas,
viejos carolinos,
perales, manzanos,
chumberas, membrillos.

Derruidas casonas,
hierro enmohecido, paredes, tapiales,
con musgos de siglos.

¿ Y tu plaza vieja?
¡ Deleitosa nido
de negros cipreses
y mudos caminos!

En ella a las rosas
silvestres he visto
cuando octubre llega
cuajar en racimos.

¡ Qué dulce fragancia!
¡ Qué colores vivos!

¡ Qué claro silencio
bajo el cielo altísimo!

Nogales añosos,
prietos, amarillos
de arabias, y sombra
de grises olivos.

A tu vera corre
tu paterno río,
de nieve en invierno,
de bronce en estío.

De los cerros viene
sonoro, vestido
de cielos y leguas
de pampa y de riscos.

Se abre en tus solares,
se vuelca en sembríos,
y en huertos tapiados
se queda dormido.

La luna es más bella
sobre tus caminos
y sobre la angustia
de tu caserío.

Toda blanca blanca
de nieve te he visto;
toda blanca blanca
de silencio frío.

Desde la Quebrada
miro que te miro
tus álamos verdes,
tus huertos, tu río;

tus negros terrazgos,
tus dorados trigos,
tus chalares ocres,
tus viejos olivos.

Y una gran ternura
llena el pecho mío,
ternura que ahora
te entrego en racimos.

Aldea del sueño,
pueblo del olvido,

donde el tiempo yace
con musgos de siglos:

Un día has de darme
perdurable asilo
a la verde sombra
de tus terebintos.

FIGURAS
A Fidel de Lucía

MUJERES DESGRANANDO MAIZ

Trabaja en cuclillas
todo el mujerío
de manos huesudas
y brazos curtidos

Unas caras tienen
pellejos de higo
color de tabaco,
verdor de membrillo.

Entre labios gruesos
y dientes blanquísimos
fragancias humean
los chalas prendidos.

Tamañas chapecas,
astrosos vestidos
de azules chillones
y rojo agresivo.

Cubren las panojas
los patios terrizos,
y crecen las parvas
de grano amarillo.

Negrean los tordos
sobre los cañizos
y entre los naranjos,
chumberas y olivos.

Desgrana en silencio
todo el mujerío
mazorcas cuajadas
de sol en racimos.

Y un cielo profundo

de azul encendido
por cumbres y valles
suelta sus potrillos.

ARRIERO DE NIQUIVIL

Roblizo, enjuto, moreno
entre estos cerros te vi
como tallado en quebracho,
arriero de Niquivil.

Pocas veces vi unas barbas
de más cerrado marfil,
ni más fierura en los ojos,
ni más miel al sonreír.

¡ Cómo alegraba la tarde
 el rojo de tu mandil!
¡ Qué estampa prócer la tuya,
 arriero de Niquivil!

Yo me alejé mundo arriba,
 y tú te quedaste
allí, recio cardón entre cerros
 bajo un hondo cielo añil.

CANCION DE TROPERO

Bajo el sol hecho un abrojo,
en nuestras muías cerreras
vamos al tranco, en silencio
 por el desierto de arena.

Van las cargueras delante
con sus isangas repletas.
En la mañana de plomo
el claro cencerro suena.

Lejos, lejos, allá lejos
relumbran las cordilleras.
En torno nuestro rutila
la ancha sábana de arena.

¡Dulces arroyos cerriles,
aromas de yerbabuena,
copudos algarrobales
y frescuras de represas!

Nosotros vamos cruzando
con nuestra tropa carguera,
las brasas de este guadal
que allí donde acaba empieza.

Nuestra cara es una mancha,
una sola mancha negra.
¡Qué demonios, si hasta el alma
se nos ha puesto morena!

¡Huija, la torda mohína;
huija, la zarca y la overa;
apúrese la lobuna
que nos va a tragar la tierra!

EL LIBRO DE LA NIEVE
A Antonio Bermúdez Franco

PRIMAVERA CON NIEVE
Durazneros en flor bajo la nieve;
sonrosadas abejas olorosas
y múltiple jazmín alado y leve.

Durazneros en flor bajo la nieve;
primaveral presencia, estrellas rosas,
rosada nieve en ramas jubilosas
y divino vellón ágil y breve.

Durazneros en flor bajo la nieve;
mi corazón se desmenuza en rosas
y en múltiple jazmín alado y leve.

ROMANCES HISTORICOS
A Julio César Raffo de la Reta

ROMANCE DE LA TRAICION DEL CHACAY

I

Juan Corvalán, taciturno,
va camino del desierto;
lo acompañan ricos hombres
hacia los valles sureños,
ricos hombres y soldados
le sirven de compañeros.
Gutiérrez, Lima, Pleitel,
Maza, Rosas, Barrionuevo.
¿Quién no conoce estos nombres
en nuestros cuyanos suelos?

Desde Mendoza a Malargüe
se abren ríos y desiertos;
cien leguas de pardos montes,

bravos, torvos, duros, recios.
Juan Corvalán y los suyos,
con la amargura a los tientos,
los cruzan a rienda larga
sin darse paz ni resuello.

II

En tierras de lejanías
hay tigres en hosco acecho
Coletto, el de roja fama,
Satanás de los desiertos,
y Neculmán y El Mulato,
mitad lanza y mitad fuego.

Palabras de paz pronuncian
y de alianza los viajeros.
¡Ay, Corvalán! ¿Que no oíste
voz de traición en los vientos?

¿No te anunciaba traición
el Atuel con sus lamentos?
¿No lanzaban este grito
la piedra, el agua y los cerros?

III

Corvalán y José Aldao,
como nobles caballeros, c
on los suyos se aproximan
a las hordas de Coletto.
José Aldao y Corvalán
ya empiezan su parlamento.
Cordiales palabras dicen
que en vano repite el eco.

Ronco alarido resuena
de pronto en el gran silencio.
Corvalán ya está cercado
con sus treinta caballeros;
cerco de muerte y de sangre,
de horror y de vituperio;
cerco de fauces felinas rojas
de sangre en el tiempo.

IV

¡Chacay de los grandes pagos,
de estos pagos malargüeños:
aun resuenas en las aguas
del Atuel y Llancanelo;
en los vientos poderosos,
en las quiebras, en los cerros,

en los montes y en los valles
y en el bronce de mis versos!

V

De Malargüe una mañana
sale un trágico cortejo: treinta
mulas, y en sus lomos
treinta inmóviles viajeros,
en cruz sobre las monturas
tapados con ponchos negros.
Cien leguas de montes hoscos
las treinta muías hicieron.
Cien leguas hizo tal arria
para asombro del desierto.
Vadeó caudalosos ríos,
cruzó llanuras y cerros.
¡ Por donde el arria pasaba
lloraban tierras y pueblos!

VI

Las campanas de Mendoza
ya están redoblando a muerto.
“¡Chacay!”, en su llanto dicen;
“¡Chacay!”, sollozan los vientos;
“¡Chacay!”, repiten las cumbres;
“¡Chacay!”, responden los tiempos.

ROMANCE DEL CAPITAN DON MANUEL CORVALAN SOTOMAYOR
Que trajo a Mendoza el mensaje de la Revolución de Mayo

I

En tierras de Buenos Aires
vientos de Mayo resuenan,
vientos de sangre y de gloria,
de gloria y de patria nueva.

¡Argentina! ¡Mi Argentina,
que de entre rojas arenas
surgiste en días de Mayo
desnuda como una estrella!

¡ Para verte se agrandaron
pampas, ríos, cumbres, selvas!

II

Nuestra Mendoza dormía
sin saber la buena nueva.
Nuestra Mendoza soñaba
al pie de las cordilleras.

Tibio junio comenzaba;

dulce junio ya promedia.
A través de monte y pampa
alguien viene a toda rienda.

¡No se para, no, en los ríos,
ni en los bosques, ni en la arena!
Los ijares del caballo
ya son dos rosas bermejas.

Es don Manuel Corvalán
Sotomayor, por más señas,
este jinete que viene
tragando soles y leguas.

Mensaje trae de gloria
a nuestras cuyanas tierras.
¡La luz de Mayo ya alumbra,
y. es menester que se sepa!

III

Corvalán Sotomayor
riendas larga y hunde espuelas.
Ya está en solares de Cuyo,
ya en lares de Cuyo entra
ya ve las grandes montañas
azules, blancas, taheñas;
ya vadea el río epónimo
y a Mendoza al cabo llega
jinete en caballo criollo
que sangre y sudor chorrea.

IV

Corvalán Sotomayor:
¡ Di el mensaje a nuestra tierra !
¡ Di que la patria ya ha roto
para siempre sus cadenas!
¡ Di, capitán don Manuel,
las palabras que se esperan
con sed de luengos dolores
y llantos de angustias luengas!

V

Corvalán Sotomayor
ya dice la buena nueva,
sudoroso y jadeante
con gritos de dicha inmensa.
¡Ay, Mendoza! ¿Por qué lloras?
¿Por qué lloras, dulce tierra?
¿Por qué repicáis, campanas,
como en los días de fiesta?

¿Por qué cantáis, hombres rudos
y deleitables doncellas?
¿Por qué las nubes son lábaros
sobre las cumbres enhiestas?

VI

Corvalán Sotomayor:
¡Gracias te den alma
y lengua! ¡Mejor mensaje
ya nunca resonará
en nuestra tierra,
pues trajiste a nuestros
lares nueva gloria y Patria nueva!
¡Con recios lauros bronceos
Mendoza te lo agradezca!

ROMANCE DEL GENERAL DON MARIANO ACHA

A través de hirsutos bosques
de quebrachos y de talas,
a través de largos yermos,
de guadales y de pampas,
hasta Angaco con sus hombres
llega don Mariano Acha.

Tiene luengas barbas rubias,
es firme y recia su estampa,
sable procer lleva al cinto,
brilla su espuela de plata;
mas el valor sobrepuja
a hermosura tan gallarda.
La gloria, por ser doncella,
se le ha rendido a sus plantas.

Si león es el que llega,
leones son los que aguardan:
Aldao con su fierura,
Benavídez con su lanza,

y las chuzas montoneras
en todo Cuyo mentadas.

Unitario y federal
se topan ya cara a cara,
Ya resuenan los corchetes,
raudos lazos silban,
braman al pasar las boleadoras;
un laberinto de lanzas
abre caminos de muerte
por donde ululando pasa.
Los puñales y machetes

en rudos cuerpos se clavan;
vibran relinchos agudos
y retumban las pechadas.

El verde campo está
ahora purpúreo de sangre cálida.
Pocas veces en los predios
asombrados de la Patria
se vio entrevero más rudo
y muerte más desatada.

Benavidez en derrota
vuela solo con su lanza.
Rumbo a los lares del Tigre
Aldao en silencio marcha.
Acha en San Juan regocíjase
sin saber lo que le aguarda.

¡La victoria nunca duerme;
mas dormía la unitaria!

Benavidez y Ramírez
salen de nuevo a buscarla,
con trescientos mendocinos
y roja sed de venganza.

Acha, dormido en su gloria,
no ve nada, ni oye nada.
Benavidez está encima
con hombres, plomos y lanzas.
Y lo que ayer fue derrota
es hoy victoria sobrada.
¡Y así perdió el unitario
lo que tan bien conquistara!

Cincuenta jinetes hoscos
vigilan al general Acha.
¡Nunca mejor prisionero
pasó por tierras cuyanas!

Lleva una blusa celeste,
su cinto va sin espada,
desmelenado el cabello
tan rubio como sus barbas.

Y en tiempo de primavera,
en una dulce mañana,
a orillas del viejo río
que a dos hermanas separa,
muerte halló quien a la gloria

tuvo rendida a sus plantas.

En la punta de una pica
su cabeza está clavada.
Brillan al sol dulcemente
sus finas barbas doradas.

Pacheco pasa y sonrío.
Lejos solloza la Patria.

ROMANCE DEL GENERAL DON JOSE FELIX ALDAO

Al incorporarse a las Guerras Civiles

Reposa en El Plumerillo
don José Félix Aldao,
frente a los cerros azules
y en la quietud de los campos.

Su corvo de granadero
descansa, mas no olvidado.
Planta nogales y cuida
malvarrosas y geranios.

Cuando la tarde se ahonda
en montañas y vallados,
y en las agrias cresterías
abre el lucero sus nardos,
el General, mudo y solo,
roblizo, inmóvil, hierático,
mira el poniente de púrpura
y añora tiempos pasados;
tiempos de gloria bravia q
ue se domaba a sablazos.

Don José Félix se ve
caballero en su caballo,
blandiendo el corvo en La Guardia,
en Chacabuco y en Maipo;
se ve en Gavilán
y luego en Arauco y Talcahuano,
y más tarde en tierras lueñes
de Iscuchanga y de Huancayo.

Y el General José Félix,
de firme rostro barbado,
mira el ocaso bermejo,
inmóvil, mudo, hierático.

No quiere, no, guerrear,
que ya bien la ha hecho y hartó;
hoy quiere dulce reposo,
olvido y tibio regazo.

De pronto en la tarde roja
ve jinetes y caballos.
El General se estremece
en la quietud de los campos.

El General reconoce
al mejor de los montados.
-¿A qué vienes a estas horas?
¿A qué vienes tú, mi hermano?
¡A buscarte, José Félix,
y a pedir tu sable y brazo!
¡Clarines de guerra suenan
en nuestros lares cuyanos!

José Félix está inmóvil.
Su rostro se ha puesto pálido.
Por sus ojos, fiera y dulce,
cruza la Patria llorando.

¡Adiós, mujer bienquerida!
¡Adiós, escondido halago!
¡Adiós, hijos; adiós, huerto,
y amor, dulzura y descanso!

José Félix se despoja
de sus ropas de paisano;
azul casaca se ajusta
y al cinto sable curvado.

Manda ensillar al más ágil
y recio de sus caballos.
Ya está a horcajadas, garboso,
con las bridas en la mano.
Ya espolea, ya se aleja,
ya va de galope largo,
seguido de diez jinetes
y a la vera de su hermano.

La hoz de la luna nueva
brillaba en el cielo santo.
Fragancias de noche había
sobre cerros y vallados.
Solemne piafar resuena
en la quietud de los campos.

¡Adiós, General de Cuyo !
¡Brava lid halle tu brazo!
¡Y que Dios juzgue tus hechos
como deben ser juzgados!

ROMANCE DE LA MUERTE DEL GENERAL VILLAFañE

I

De Coquimbo hacia la Patria
viene un torvo federal.
Es Benito Villafañe
con mentas de iniquidad.

Mas por mentas no juzguemos
si tenemos que juzgar.
¡ Federales y unitarios
tenían su paladar!

General de Juan Facundo
de Chile a La Rio ja va.
General es de guerrillas
y a ellas quiere retornar.

Seis llaneros lo acompañan;
¡de nada le servirán!
Villafañe y sus llanistas
a Guanda están por llegar.

II

De la Patria hacia Coquimbo
el mayor Navarro va.
Luce grandes cicatrices
de Chacón y de San Juan.

Fue marido de una india;
su valor no tiene igual.
Con la chuza entre las manos
le hace frente a Satanás.

Navarro se topa en Guanda
con el hosco federal.
Los dos airados se miran
con largo y fiero mirar.

Así hablara el sanjuanino
con dura voz de retar:

— ¡Villafañe, no te duermas
porque te quiero matar!
Esta noche iré a buscarte
y tus deudas saldarás.

III

Villafañe y sus llaneros
en Tilo piden yantar.
Villafañe y sus llanistas

ya en Tilo durmiendo están.

Sobre quiebras y bajíos
y valles de soledad,
trágica luna menguante
derrama su claridad.

Navarro marcha en silencio
con gentes de batallar,
jinete en chuzo de sombras
bajo la luna espectral.

Suena su voz en la noche,
aguda como un puñal:

— ¡Villafañe! ¡Villafañe!
Aquí te vengo a matar.
¡General con enemigos
no debe de reposar!
Villafañe con su lanza
sale a Navarro a buscar.
Ya están los dos frente
a frente bajo la luna mortal.

Combate así sólo vieron
cuando podían mirar
los ojos anchos de gloria
de Ruy Díaz de Vivar.

Villafañe está tendido;
su sangre es vivo raudal.
Más que la luna menguante
Villafañe blanco está.
Sudario de luna tiene
bajo la luna espectral.

IV

Por caminos de Coquimbo
el mayor Navarro va,
jinete en chuzo de sombras
por valles de soledad.
La luna brilla en su lanza
con rojiza claridad.

V

Juan Facundo en La Cañada
esta muerte ha de vengar.
Veintiséis hombres de Cuyo
Juan Facundo ha de matar.
¡Tanto vale para el Tigre

la vida de un federal!

En un tardecer de mayo,
— ¡ay, mayos de mi ciudad!-
— resuenan prietas descargas
con lúgubre resonar.

¡Veintiséis hombres de Cuyo
ya no vieron aclarar!
¡Veintiséis ajusticiados
aun no dejan de llorar!
¡Veintiséis hijos de Cuyo
por un solo federal!
Los patios de la Cañada
aun rojos de sangre están.

VI

En los llanos de la muerte
Juan Facundo debe estar
frente a veintiséis cabezas
nimbadas de santidad,
que lo miran fijamente
con ojos de eternidad.

ROMANCE DE DON DOMINGO ASTORGA, COMANDANTE DE LAS ANTIGUAS GUARDIAS NACIONALES

¿Qué se hizo usted, comandante
Domingo Astorga llamado?
¿Por qué pampas, por qué cerros,
por qué valles y altozanos,
jinete de sombra ambula
de sombras todo emponchado?

Comandante, lo estoy viendo
en Guaymallén, nuestros pagos,
enjuto, moreno, erguido,
como rama de quebracho.
Lo veo aún, comandante,
todo vestido de blanco,
todo de blanco vestido
sobre su negro caballo.

En su rostro de aguilucho
en bronce antiguo volcado,
relampagueaban sus ojos
taladrantes y enigmáticos.

Me acuerdo, mi comandante,
de esos domingos de antaño,
fragantes de rosas nuevas
y musicales de pájaros,
cuando usted, rudo y cenceño,
en su pingo enjaezado,
con sus guardias nacionales
irrupía en el poblado.

Crenchas hirsutas, peleros
multicolores, barbados
rostros, recios cuchillos,
y boleadoras y lazos.
Y usted al frente de todos,
erguido en su traje blanco,
enjuto en su pingo negro,
marcial, ceñudo, hierático.

Aun oigo, mi comandante,
sus roncadas voces de mando;
aun veo su mano ruda
abriendo el domingo a tajos.

Yo, niño, lo contemplaba
con vivos ojos tamaños,
y hubiera dado mi vida

por ser también su soldado,
por guerrear a sus órdenes
y volver luego a mis pagos
cubierto de cicatrices el rostro,
el cuerpo y las manos.

¡Comandante, usted no sabe
que hizo soñar a un muchacho
en esos domingos nuestros
con rosas nuevas y pájaros,
con repiques de campanas
y ancho sol sobre los campos!

¿Qué se hizo usted, comandante
Domingo Astorga llamado?

¡Andará usted por los valles
de nuestro cielo cuyano,
todo de blanco vestido
sobre su negro caballo!

¡Por allá, mi comandante,
por allá pienso toparlo

seguido de los reclutas
que lo habrán acompañado!

PATIOS

A Juan Solano Luis

PATIOS JACHALLEROS

Patios criollos de Jáchal
con viejas santarritas,
malvones y diamelas
y pluviales glicinas.

Patios con tinajones
y frescas galerías,
con cedrón y con ruda,
nardos y margaritas.

¡Cómo es dulce miraros
en las mañanas limpias,
cuando el cielo deshoja
leves santalucías!

Patios recién regados
por manos de familia;
con su brocal al medio
con yedra y campanillas.

Viejos patios fragantes
de naranjas y limas,
donde entre flores duermen
las horas recogidas.

Patios con mecedoras
para nuestra fatiga,
para nuestra pereza
que se va cielo arriba.

DANZAS ARGENTINAS

A LA VIRGEN DEL CARMEN DE CUYO, GENERALA DEL EJERCITO DE LOS ANDES

A Juan Draghi Lucero

LA RESBALOSA

La Virgen está tejiendo
con hilos de plata y rosa.
¿Qué está tejiendo la Virgen
con mano tan primorosa?

¡Ay, ayitay resbalosa!

Ya se ha escondido la luna,
ya sale el alba olorosa.
¿A quién espera la Virgen
tan linda y tan silenciosa?

¡ Ay, ayitay resbalosa!

Virgen querida,
blanca azucena.
Huelen las aguas
a yerbabuena.

Entre alados serafines,
con alas esplendorosas
se le aparece a la Virgen
Gabriel con cara de rosa.

¡Ay, ayitay resbalosa!
Un lirio trae en la mano,
y dice con voz melosa:
“¡Dios te salve, Virgencita!”
La Virgen llora gozosa.

¡ Ay, ayitay resbalosa!

¡Ay, qué alegría anta en la aurora!
De amor y dicha la Virgen llora.
El niño Dios se ha perdido
volviendo de Guaymallén,
volviendo de Guaymallén.

Llora la Virgen María
y el Carpintero también,
y el Carpintero también.
La Virgen grita llorando
roto el corazón:
“¿Qué gaucho ha visto a mi niño
que es el niño Dios?”

El niño está entre rosales
junto al tajamar.
Hace urpilitas de rosas
y las da a volar.

¡Ay, María,
qué alegría!

EL PALITO

Cuando me siento morir
me acuerdo de vos, Señora;
así no más es;
que sos miel para las penas
del alma que sufre y llora.
Así no más es.

Cuando me falta caballo
de vos me acuerdo, mi Dueña;
así no más es.
Y sigo a pie mi camino
como el Señor me lo enseña.
Así no más es.

Cuando la chicha me cura
y me siento pendenciero,
me acuerdo de vos, Señora,
y boto el cuchillo al suelo.

¡ Y si hay que peliar, Señora,
tan sólo por vos peleo!
¡ Y así no más es !
En mi pingo malacara
te ando, Señora, buscando,
y te hi de hallar en Mendoza
porque es tu tierra y mi pago.

Dice la gente al mirarme
que estoy en pura osamenta.
¡ Pero la gente no sabe
que tu cariño me alienta!

Salí, lucero, salí,
salí que te quiero ver.
Aunque las nubes te tapen
lo mismo te hi de querer.

¡ Ay, Virgen del Carmen,
mendocina, sí; más linda
que el ucle
y el colimamil!

¡ Subíteme al anca,
ay flor de alelí,
que si no de pena
me voy a morir!

EL TRIUNFO

I

Generala más linda
que flor del aire,

que flor del aire,
para adorarte vengo
desde Malargüe,
ay, flor del aire.

He venido a traerte
ucles del monte,
ucles del monte,
para que vos me cures
de mis dolores
ucles del monte.
aquí se acaba el triunfo,
Virgen del Carmen,
en honor tuyo.

II

Este es el triunfo, Virgen,
de tus poderes,
de tus poderes;
la más pura y preciosa
de las mujeres,
por tus poderes.

Para tu amor lo bailo,
Señora mía,
Señora mía,
como si fuera trompo
con brujería,
Señora mía.

Y aquí se acaban, mi Alma,
las volteretas;
y aquí se acaban.

LA ARUNGUITA

I

En tiempo 'e Semana Santa
me voy a la Carrodilla,
y rezo mis estaciones
— ¡Gaucho y medio!— de rodillas.

Madre bonita,
miel de las flores;
agua bendita ¡Arunga!
de mis dolores.

II

En tiempo de Navidá
recorro los nacimientos,
y rezo medio llorando
curao de sentimientos.

Vos, Virgencita,
bien lo sabís.

Virgen gauchita, ¡Arunga!
chala de anís.

¡Arunguita, Virgencita
de Mendoza, mi país!

EL LLANTO

A mi hijo lo han desnudado,
ya me lo van a matar.
Yo les pido, hombres perversos,
una uñita de piedad.

¡Aycito, ayayay,
déjenmelo ver,
que sólo mirándolo
consuelo tendré!

Ya lo han clavado en la Cruz,
agua pide y le dan hiel;
el costado le han abierto
y huye la vida por él.

¡Aycito, ayayay,
déjenme llorar,
que sólo llorando
me he de consolar!

Se oscurecieron los cielos,
llora la tierra y el mar.
¡Ya no habrá vida en el mundo;
mi hijo acaba de expirar!

¡Aycito, ayayay,
déjenme morir,
que sólo muriendo
lo habré de seguir!

GATO

Para la virgen canto,
canto para ella,
más linda que las nubes
y las estrellas.

Canto para Ella, sí,
con boca y alma,
y también con los ojos
y mis plegarias.

Virgencita del Carmen,
Virgen de Cuyo,
donaire, vida y gloria
de mi terruño.

Virgencita cuyana,
¡quién lo creyera!
que al verte me sahumo
de primavera.

VIDALA

Juntando flores un día
vide un reguero de sangre.

Y oí que Dios me decía:
“¡Por aquí pasó mi Madre!”

¡Paloma de luna
con pico de estrella!

¡Dichosos los hombres
que lloran por Ella!

LA FIRMEZA

Porque hoy es la Anunciación,
día de Santa realeza,
con vueltas del corazón
bailaremos La Firmeza.

—Usted, caballero,
saquese el sombrero.

—Usted, señorita,
rece calladita.

—Usted, señorona,
rece a la Patrona.

—La de las puntillas
caiga de rodillas.

—El de rastra de oro
diga: “¡Yo te adoro!”

— ¡Paren de bailar;
vamos a cantar!

Porque hoy es la Anunciación
hemos puesto en La Firmeza,
palabras del corazón
que es criollo hasta cuando reza.

LAS NOCHES Y LOS DIAS
A Lucio Funes

LITURGIA DE SOL

Celebro en la montaña mi Año Nuevo,
desnudo al sol sobre la piedra viva.
En la roja mañana primitiva
sueña el chañar color yema de huevo.

Y adoro a Dios en la feraz pradera,
y en esta inmensa paz de que me inundo,
y lo adoro en el sol, cuyo jocundo
calor me envuelve como una bandera.

CARRERA

Veloz mi jaco en esta noche bruna
y sensual de olorosa primavera,
va por la parda y limpia carretera
corriendo una carrera con la luna.

EL POETA EN SU PAISAJE
A Edmundo Correas

ANHELO

Molles, chañares y silvestres guindos,
álamos negros de la serranía:
yo sólo quiero ser en este día
la flor rosada de los tamarindos!

Rosada flor que entre el follaje leve
se ofrenda a Dios con humildad cristiana
mientras en la eucarística mañana
su tallo al sol como rezando mueve.

NIEVECITA

Solitaria avecilla que puso Dios
entre los montes ásperos,
entre espinudos talas y algarrobos,
mistóles y chañares y quebrachos.

Ave que al alba silbas
cual remoto boyero en los collados;
ave que eres vellón de estrella y luna,
y alada nieve en los desiertos campos.

Imaginario copo
que en las siestas bravias del verano
anticipas frescuras inefables

con tu vuelo, tus plumas y tu canto.

Pájaro arisco y solo,
acércate a mi verso humilde; acaso,
nievecita del monte,
las dos hallemos deleitoso hermano.

NADIE PODRA DECIR

Nadie podrá decir: "Hubo un poeta
que vivió entre estas sierras desoladas,
entre estos anchos ríos rumorosos,
bajo esta luz diluida en oro y plata
y no cantó lo que sus ojos vieron".

¡Arbol: mi verso es flor para tus ramas;
tu caudal es mi verso, ¡oh! claro río,
y es mi verso tu aroma, dulce arabia;
suave tunal sobre tu cumbre, ¡oh! cerro;
luna en la noche, tenca en la mañana,
hoguera, sombra, nieve, hierba y risco,
nube en el cielo, y en los surcos agua!
¡Dondequiera que vayas, caminante,
dondequiera que vayas,
cuando mi cuerpo duerma entre cardones
te hallarás con la alondra de mi alma!

OFERTORIO

Con esta roca pura color fuego
he de labrar mi fe, tranquila y fuerte;
¡mi fe, Señor, que a ti cantando entrego
dichoso de la vida y de la muerte!

LEJANIA

Vivo en estas remotas montañas argentinas,
tierra de militares, pastores y troperos.
Botas, ponchos, puñales y tamaños sombreros
que ocultan rostros agrios y miradas vulpinas.

Quien me ve de bombachas y de puyo chileno,
con mi pañuelo rojo y mi espuela sonora,
no ha de pensar, por cierto, que soy un hombre bueno
que se pasa escrutando la emoción de la hora.

Aquí estoy aprendiendo que la vida no es nada.
Con la misma llaneza que se dice buen día,
se da una puñalada.

El silencio me inviste de su gran jerarquía.
La soledad me pone siglos en la mirada.
Y en el cielo y la tierra siembro mi poesía.

CANTO AL GRINGO
A Romelio R. Villalobos

EN EL DIA DE LA RECOLECCION
DE LOS FRUTOS

Hoy que mi tierra danza coronada de pámpanos
y que la vid proclama su opulencia triunfal,
hoy que todos los hierros de pujanza y labranza
a los cielos elevan su gran himno de paz;
con voz de tierra y agua y de surcos abiertos
diré mi canto fraternal
en el que corre sangre huarpe
y castellana a la par,
y más que india y española,
cálida sangre universal.

Porque a todos los hijos de la tierra
mi voz de tierra y agua gozosa ha de cantar.
Que esta Mendoza nuestra, prolífica y magnífica,
le dé a mi voz el hálito de su proceridad;
que canten por mi boca los ríos y las cumbres,
y el algarrobo pampa, el maitén y el chañar
y el pájaro y la hierba, y el insecto y la piedra,
y la vid y la rosa, la estrella y el lagar.
Hoy que mi tierra danza coronada de pámpanos
quiero decir mi canto fraternal
para todos los hombres que han venido de lejos
a través de los verdes caminos de la mar.

¡Salud a ti, fuerte hijo de la loba romana,
hijo del heroísmo y de la santidad,
el que a su espada, dueña de milenaria gloria,
trueca en armas benditas de trabajo y de paz!
¡Salud a ti, el de la estirpe de César
y de Virgilio, el que pone el mismo afán
al labrar tierra propia y al labrar tierra ajena,
o al esparcir semillas que otros cosecharán!
¡Salud a ti que derramas el resplandor de Roma
por los caminos del mundo con manos de eternidad!

¡ Salud, nietos sin mengua de Francisco Pizarro
y de Ruy Díaz de Vivar;
hijosdalgo de Avila de los Caballeros,
sudorosos hacheros de Ontoria del Pinar,
labriegos de las rudas mesetas castellanas,
pescadores galaicos de las rías y el mar,
hortelanos de Murcia, vascos roblizos, fuertes
extremeños; ¡larga gloria tengáis
todos vosotros, hijos de las viejas Españas,

hombres de eterna y recia y heroica mocedad,
en cuyas venas corre la misma sangre nuestra
y cuyas bocas se abren con nuestro mismo hablar!

Salud a ti, hombre de los ojos azules,
el del imperio vasto como el mar,
a ti que curtes tus brazos de hierro
bajo el sol tumultuoso de esta tierra feraz.
Hombre rubio de la isla de Kipling
que llenaste de sierpes de acero nuestra vasta heredad,
y que hendiste los aires con fragores de ruedas
y de émbolos y dínamos en hondo trepidar
y que llevaste el himno ronco de las locomotoras
por toda nuestra ubérrima
fecunda y proteífome inmensidad.

Salud, hijos del Volga y de Siberia,
y de todas las tierras que ayer fueron del Zar;
salud, mas no al que viene
haciendo tremolar
banderas empapadas de sangre, fuego y muerte
sino al que viene a amar y a trabajar,
y al que llega con sed de justicia
o fatigado en busca de un regazo cordial;
porque esta tierra nuestra, grande, sagrada y bella,
también la damos para descansar.

Salud, hombres morenos que escuchasteis
a los cedros del Líbano sonar,
y que hoy en nuestros vientos creéis
oír las voces de la patria que acaso ya no veréis jamás.
Hombres de los desiertos remotos
a quienes en las pampas hoy vemos galopar
luciendo nuestro escudo en el pañuelo gaucho
o en la rastra de plata o el mango del puñal.

¡Hombres de ojos negros y lejanos;
hermanos árabes que lloráis
cuando en las noches nuestras agobiadas de estrellas,
oís una guitarra gemir y sollozar!

Salud, hijos de las Galias gloriosas
que sabéis abrir surcos y leer a Ronsard,
hijos de aquella tierra que oyó la voz de Hugo
y que derrama pródiga su vasta claridad.
¡Salud, hijos del Arco de Triunfo, hijos magníficos
de la sabiduría y de la libertad!

Y también a vosotros hombres de los ojos oblicuos,
raza poderosa y tenaz

de las islas en donde florecen los almendros
y los crisantemos; hombres que trabajáis
junto a nosotros con el mismo amor
que allá en tierras niponas, vuestro antigua heredad,
mientras las dulces garzas decoraban las aguas
y las gheisas cantaban su amor crepuscular.

Y también a vosotros, hombres de la vieja Alemania y
de las llanuras del Canadá,
y de la tierra de las rascacielos
que dio a Whitman y a Poe a la inmortalidad,
y también a vosotros, hijos de Israel,
hermanos en la eternidad
y a quienes uno a todos los otros en mi canto
en un abrazo férvido de alegría y de paz.

Hombres de todos los países del mundo,
hombres de todas las distancias del mar,
el de los hielos y el de los trópicos,
el oriental y el occidental;
yo que no tengo nada cual las aves del cielo,
estas cosas os digo en mi cantar:

Gracias por lo que habéis dejado en nuestra tierra,
por juntar vuestro afán a nuestro afán,
por unir vuestros brazos a los nuestros
y hacer lo que hemos hecho: fuerte patria inmortal
abierta para todas las criaturas del mundo,
muda para pedir, inmensa para dar,
tierra en donde los hombres
todavía sabemos rezar y trabajar.

Y hoy que danza gozosa coronada de pámpanos
y que la vid proclama su opulencia triunfal
canto a todos los hombres que han venido de lejos
por los caminos múltiples de la tierra y del mar,
y en nombre de este suelo les digo estas palabras
que a través de los siglos oiremos resonar:
“¡ Gloria a Dios en las alturas
y paz aquí a los hombres de buena voluntad!”